

**A la memoria de
mi padre, un
hombre del pueblo.**

RECUERDOS DE

PRIMAVERA

(Antonio Iglesias Martín)

RECUERDOS DE PRIMAVERA

(Antonio Iglesias Martín)

A la memoria de mi padre, un hombre del pueblo.

Buenas noches, **queridas y queridos vecinos de Dúrcal:**

Muchas gracias, Maribel, por tu generosa e inmerecida presentación.

Nacer y morir son probablemente los hechos más trascendentes en la vida de todo ser humano. Cuándo y dónde vamos a morir es algo que, afortunadamente, desconocemos y que, además, una vez acaecido, no tiene demasiada importancia. Pero cuándo y dónde nazcamos, sí que tiene su importancia, aunque la tiene aún más con quién y donde nos criemos, porque es algo que nos marca para el resto de nuestras vidas. Yo nací en la ciudad alemana de Wuppertal, donde un durqueño y una durqueña habían emigrado. Y me crié aquí, jugando bajo las hojas otoñales de estos árboles.

El destino quiso que en el año 1928 mi bisabuelo materno, José Martín Jiménez, plantase aquí su descendencia, como lo habían hecho antes mis también bisabuelos, Pepe el del Horno o Antonio, y mucho antes aún sus respectivos padres, mis tatarabuelos. Y es por ese capricho combinatorio del azar por el que yo soy de Dúrcal y por el que hoy estoy aquí.

Dicen que “la infancia es la patria del hombre” en incurriendo en la ignominia de emular a Machado, como dice el poema maravillosamente interpretado por Serrat, podría decir que “mi infancia son recuerdos de un patio de la calle Calvario y de partidos de fútbol en las calles de Dúrcal.”

Recuerdo con infinito amor los primeros años de mi vida en la casa del Calvario, donde vivíamos con mi abuelo Pepe. Y qué decir de mis amigos del colegio, de las tardes de fútbol y de juegos, de las partidas de ajedrez con mis amigos Pepe y Daniel, de los paseos por la Plaza con mi tío Pedro, donde me aleccionaba sobre las más diversas cosas de la vida, de las excursiones a la Sierra, del primer suspiro del amor, de las fiestas, etc.

Antiguamente, el pregón era una publicación que se hacía en voz alta en un lugar público de algo que convenía que todos supiesen. Cuando se reformó la Ley de Procedimiento Administrativo, mi amigo Ernesto Pérez Soler, algo exagerada y metafóricamente, aunque no sin razón, proclamó que, si verdaderamente se quería informar a los ciudadanos de las disposiciones oficiales, había que recuperar a los pregoneros y suprimir los Boletines Oficiales.

Pero yo hoy no voy a hablaros de Derecho ni voy a incurrir en acto alguno de academicismo o en discurso doctrinario o paternalista.

Y tampoco lo que voy a contaros es algo de especial interés para el pueblo. Es por ello que, al hablar desde el corazón y ante un foro que siento tan cercano, una especial responsabilidad remueve mis entrañas.

Porque sencillamente, con la inestimable colaboración de mi cuñado Arsenio, voy a rendir tributo a este pueblo y a sus gentes, lo que no es sino una misma cosa, no sin antes agradecer muy sinceramente la oportunidad que se me brinda de poderme dirigir a todos vosotros y de homenajear al pasado.

Paisanos y amigos, me vais a permitir en este momento que, sobre el papel, navegue por el mar de mi sangre y que sobrevuele por mi, a veces, huraña memoria para rescatar recuerdos y añoranzas de mi infancia, de mi adolescencia y de mi juventud, aletargados, aunque no perdidos en el olvido.

Porque negar el camino es negar la vida misma, el proyecto inacabado que hoy uno sigue siendo y, en definitiva, la personificación de un sentimiento que te traslada del ayer al hoy o al desconocido mañana¹.

Porque después ya todo ha ido siempre demasiado aprisa, abochornado e intimidado por ese corredor de fondo con un corazón inagotable al que pretendemos encorsetar en calendarios y que a todos va dejando atrás. Y porque, ante ese devenir que acontece meteórico como una bola de nieve que se agiganta y se torna más y más vertiginosa desde la cima, mi infancia es también mi trinchera. Y es desde esa trinchera desde donde ahora os escribo.

¹ Iglesias Martín, A., *Erwin Nievergelt: Entre la emoción y el talento*, ECU, 2005, Alicante, p. 25.

Pero al saltar a mi trinchera y escribir estas letras sobre el resignado papel en blanco, un cierto vértigo recorre mis vísceras, víctima de la nostalgia y hasta de la melancolía. Sin embargo, ese temor se rinde ante el sentimiento serpenteante que surge al que redescubre lo que desde siempre ha sabido, al que, ansioso, encuentra un objeto muy querido que había dejado olvidado en un viejo cajón; por ello, esta exclamación se precipita a borbotones de las entrañas de alguien que se siente al mismo tiempo ciudadano del mundo y vecino de esta comunidad, y que no tiene pudor alguno en proclamar la emoción que le produce evocar el pueblo que lo vio echar a andar.

Guardo como un tesoro escondido en mi pecho cada momento de felicidad que aquí le arrebaté a la vida y que todavía, zigzagueante, trepa con un orgullo impetuoso desde lo más profundo de mi ser hasta mi retina.

En este pueblo mamé la vida y en él fui creciendo con pereza de San Blas a San Ramón, corriendo desde el Barrio Bajo hasta Balina.

Recuerdo con cariño aquellos años de mi más tierna infancia en el nº 4 de la calle Calvario, donde nuestra vecina Concha nos protegía con el cariño de una abuela. Aquí, en la estación, a muy pocos metros de casa, hacíamos malabarismos en aquel tranvía abandonado que ya nunca tuvo destino, aunque llegó a tener el recorrido más largo de Europa, según nos cuenta nuestro paisano José Miguel Puerta, y que, a lo lejos, era testigo mudo de conmovedoras frases de amor que los jóvenes enamorados se confesaban en los raíles de aquel puente que por prescripción amorosa conquistaron.

Y también aún creo percibir aquel aire que azotaba nuestra cara cuando nos lanzábamos con aquella primera bicicleta de ruedas macizas que casi todos tuvimos, con los brazos en alza, camino de Las Fuentes o por la cuesta del Cable .

Ya en nuestra actual casa de la calle Echevarría, recupera en mi memoria toda su monumentalidad “El Palacio”, un espacio majestuoso al que este municipio nunca debió de haber renunciado.

Y también aparece en mi cabeza bruscamente y sin resistencia alguna la llegada de mi primo Enrique de Brasil, el niño más travieso que he conocido nunca y al que tanto quise, a pesar de los castigos que me llevé por las muchas diabluras que ingeniábamos; o las largas tardes de verano con mis primas Chelo y Coqui en casa de la tía Concha. El día que me atropelló un coche en su puerta de la calle Rocío Dúrcal cuando una de ellas se fue detrás de mí porque iba a quitarles la bicicleta, creo que lloraban ellas más que yo. ¡Qué susto para todos, incluido para el pobre conductor, que no tuvo culpa alguna de que yo me metiera debajo de su coche! Una visita a D. Antonio Del Castillo para descartar lesiones importantes, algo de mercromina y un plato de patatas fritas con un huevo, fueron la mejor y única medicina, además de que aquello sirviera para que aquella BH de ruedas grandes de mis primas terminara siendo mía.

Vagamente, incluso, recuerdo a los viejos de mi infancia que, desde sus rostros erosionados por el tiempo, contaban sus hazañas de amor y de guerra, de las que el Pilar de la plaza es ya, quizá, el único testigo.

Y particularmente de mi abuelo “Pepe el largo”, que con tanto cariño y disciplina me enseñó a leer. También me acuerdo de mi abuelo Miguel (“el guarda de las eras”) que, a mí, me parecía el hombre más grande del mundo cuando con un cariño inconfundible, al grito de guerra de "caballeros", me cogía con aquellos inmensos y poderosos brazos que me elevaban a una altura que yo creía sólo mía y que él ponía a mi alcance para mi plena satisfacción. Mi abuelo Miguel era grande de cuerpo, pero los que le conocieron bien dicen que era aún más grande de alma. Cuando ellos murieron yo tenía 10 años y su pérdida fue el primer desencuentro amargo con la vida.

Y también, como no, me acuerdo de mi tío Pedro el de la luz, que por aquel entonces me enseñó a jugar al ajedrez, pero que sobre todo me imprimió orgullo intelectual y me inculcó que la dignidad, que la honestidad y que la libertad son valores absolutos. Sin su existencia, probablemente, yo no sería el mismo hombre que hoy soy.

Una fuerte emoción reclama con descaro su presencia, recobrando vida aquellos sábados de partidos de fútbol que jugábamos un curso contra otro, o los de La Plaza contra los de Balina, que siempre ganaban estos últimos porque tenían a Vicente Pérez, uno de los futbolistas con más talento que he visto en mi vida **(puedo asegurarnos que Vicente con 14 ó 15 años era como Maradona)**. Además de ganarnos siempre, los muy bribones nos llamaban despectivamente “los pijos”.

A pesar de que procurábamos tener cuidado, me pregunto cuántas matas de patatas romperíamos en las eras con la absoluta comprensión de los pobres agricultores y del guarda, que muy pocas veces nos

hicieron desalojar el estadio que habíamos delimitado detrás del actual Colegio o en alguna otra era. De veras que me conmueve la bondad de aquella humilde sociedad rural de mediados y finales de los años setenta.

Y más aún, también me hago eco de los partidos que improvisábamos en El Corralón, en lo que hoy es la calle Luna, en cualquier otro sitio o, incluso, en la Plaza del Mercado, donde, por cierto, me pregunto ruborizado como Virtuditas y Manolo, y sobre todo Blas y Eloisa, nos permitían aquellos pelotazos en los portones que convertíamos en inmejorables porterías. ¡Qué paciencia, qué lección de tolerancia y qué generosidad!

Más frescas, también se hacen vivas aquellas duras mañanas de hostil invierno en las que, con Palma, el chico grandón y fortachón de la clase que desprendía nobleza por los cuatro costados, desde La Plaza (**el que aparece junto al Pilar es Carlos, uno de los mejores amigos de mi padre**), pasando por la Almócita de mis abuelos, respirábamos el incisivo aire del camino del instituto, donde todavía se estudiaban los últimos años de la entonces E.G.B., antes de que allá por 1980 estrenásemos el “Colegio Público Nuestra Señora del Carmen”, inicialmente llamado de “la Constitución” .

Recuerdo también con un sentimiento immaculado, diáfano, casi puro, el color de las eras , el olor del otoño, el sabor multiforme de la primavera, el trazado de nuestras calles. A regañadientes, penetro en un recuerdo bostezante y, a hurtadillas, recupero y siento aquel tufo personal de la tierra que penetró en mi sangre y que me identifica desde que existo con todos vosotros y con una época que no morirá más que conmigo.

Y qué decir de aquellas excursiones a nuestro campamento en el Pino Solitario, donde me fumé mi primer y casi último cigarro, al Peñón de los Moros, a la cueva de los Riscos o a los Baños de Urquizar, de los que puedo decir con pleno rigor que fueron vendidos en documento privado, elevado más tarde a escritura pública, por mi bisabuelo, Antonio Haro Ibáñez, el día 23 de mayo de 1933, con la exclusiva finalidad de construir un balneario que espero algún día sea patrimonio de este pueblo.

Por no hablar de aquellas nocturnas invasiones de cerezos o de manzanos, y también de aquellas irreverentes incursiones al cementerio (de unos niños sin conciencia alguna de la muerte, que hacía también con mis amigos Pedro Aguilera, Agustín Espadas, Manuel Del Castillo) y otros.

Y ello, a pesar de que todavía creíamos en los mantequeros, en el tío del saco y en el hombre lobo, y de que por aquel entonces el recuerdo del Lute (el proscrito Eleuterio Sánchez) era una seria amenaza para nuestros traviesos propósitos.

Y ahora, en esta tribuna, deseo proclamar que quiero a este pueblo como se quiere a la vida misma.

Lo quiero porque aquí bebí de sus extraordinarias fuentes de vida y porque en él aprendí a ser feliz y a sufrir.

Porque bajo este cielo milenario, con su anuencia y complicidad jocosa, Cupido – el Dios del amor - prendió fuego en mi pecho por primera vez, encendiendo una llama inocente que, con el paso de los

años², multiplicó sus ascuas por otras mujeres. Porque, de verdad, sin ningún tipo de chovinismo y aunque yo nunca tuve suerte con ellas, ¡qué mujeres más bellas da esta tierra!

Os contaré algo sobre aquel tiempo de absoluta inocencia. Algunos Pedagogos modernos sostienen que la separación escolar de los alumnos por sexos permite incrementar la concentración de los varones y con ello aumentar su rendimiento académico. Puede que lleven razón, pero la verdad es que aquel hecho consumado en aquel tiempo a mí me parecía una verdadera amputación.

En primero de E.G.B. pude soslayar aquella rígida regla y compartir aula con chicas porque me las ingenié para escaparme del grupo de D. José Coca (un sensacional maestro), gracias a una especie de concurso de pegar voces que gané y que me dejó afónico un par de días. Este hecho le resultó simpático a D^a Juanita que, muerta de la risa, espetó: “¡Anda, quédate aquí!” Por cierto, no sé si fue allí, o incluso un año antes (en párvulos), donde conocí al primer amor de mi vida: Rosa Irene, la hija de D. Mateo y de D^a Julia, los maestros que con tanto cariño siempre me trataron. Yo tenía 5 ó 6 años y ella 4 ó 5 así que lo de primer amor es “un poner”, como decimos por aquí. ¡Hay que ver la de bofetadas que repartí por doquier para llamar su atención y mostrarle con esos gestos bravucones mis sentimientos, sin que ella nunca se diera por aludida! ¡Qué cruel indiferencia! Claro, que con aquella animalidad no podía ser de otro modo. ¡Qué brutos éramos algunos! ¡No sé como salimos enteros e ilesos de aquellos años de luchas con espadas y hasta de guerras a pedradas! Aunque creo que están aquí sus padres, si alguien conoce a

² Iglesias Martín, A., *Erwin Nievergelt: Entre la emoción y el talento*, ECU, 2005, Alicante, p. 50.

Rosa Irene que le diga que, aunque con más de treinta años de retraso, he confesado el inocente amor de aquel travieso niño, porque seguro que ella todavía no lo sabe.

En los cursos siguientes ya no tuve tanta suerte y éramos todos chicos dirigidos por la mano firme de los maestros. Digo lo de firme porque todavía me acuerdo de la galleta que me dio uno de ellos por soplarle a Bernardo las propiedades de la suma. Seguro que el muy bandido de Bernardo no se acuerda, pero prometo que fue así. Por supuesto que de aquello nadie contaba una palabra a sus padres, porque entonces el maestro tenía una autoridad y un prestigio de los que hoy lamentablemente adolece y, si se confesaba que te había dado una colleja, igual en casa te daban otra más fuerte. Con ello no estoy justificando en modo alguno prácticas abusivas, pero sí creo que, probablemente por nuestro carácter mediterráneo, hemos pasado de un extremo al otro desautorizando y desprestigiando la figura del maestro, lo que considero va en detrimento de la educación y está creando una sociedad cada vez más intolerante y más inculta. A pesar de aquel hecho aislado, recuerdo con mucho cariño a aquel maestro.

En todo caso, en mi particular relación de amor con nuestro pueblo, no puedo dejar de considerar ahora, como no, que antes que García de Enterría o que Entrena Cuesta, juristas de enorme talla, estuvieron mis maestros. Porque antes que el acto administrativo o que la responsabilidad patrimonial de las Administraciones Públicas, existió la tabla de multiplicar, el sujeto y el predicado, el siglo de oro español o las operaciones de quebrados o ecuaciones que, con tanta devoción y profesionalidad, me enseñaran para siempre D^a Carmen, D^a Juanita, D. Antonio Peralta, D. Mateo, D. Amador Casado, D^a Julia, D. José Coca, D.

Julio Pérez, D. José María, D. Francisco Gutiérrez, D. Félix, D. Benjamín o D. Valeriano, un sensacional maestro. A todos ellos sin excepción mi más sinceras gracias. También quiero mostrar mi reconocimiento a los extraordinarios profesores que tuve en el bachillerato y particularmente a Enrique Gozalbes Cavrioto, que tan magistrales lecciones de Historia nos diera en el aula habilitada encima del mercado de San Blas, no exentas, eso sí, de anécdotas simpáticas en las que, a veces, en el trienio liberal de Riego o en la revolución francesa de 1789, se colaban la proclama del precio del pescado o de las lechugas que con tanto ímpetu hacía la vendedora del puesto. Y también a D. Faustino, que seguro siempre intuyó que aquellos deberes de círculos y de rombos hechos perfectamente con rotoring eran trazados en casa por las manos de mis primas Chelo y Maribel, mientras yo me dedicaba a mis tareas futboleras. Mi mayor gratitud también a Álvaro y a Nacho que, ya en el actual Instituto Bachillerato Alonso Cano, me ilusionó en el curso académico 84-85 con la Filosofía, disciplina esta a la que tanto debe mi exigua obra.

Quiero a este pueblo, además, porque, bajo su cielo, creí conocer al Dios de los católicos y bajo su suelo lo olvidé. Primero era aquel Dios que sólo quería para mí y al que le pedía las más diversas e inconfesables cosas. Recuerdo la devoción con que subía a la torre de la iglesia con Agustín Morillas para hacer repicar las campanas, aunque también recuerdo su respuesta cuando, una de esas veces, entre aquel ruido ensordecedor, le pregunté con cierto miedo qué pasaría si nos fuésemos detrás de una campana.

- “¡Pues una buena misa, cojones!”, gritó Morillas en aquella tumultuosa torre mientras tirábamos intensamente de las cuerdas en la que fue la última vez que fui a repicar. Y no era para menos; después de aquel gesto

de entrega tan devoto, arriesgando el físico por aquellas peligrosas y sinuosas escaleras, en caso de contratiempo yo esperaba la inmortalidad del alma y hasta del cuerpo, la gloria eterna, la resurrección o qué se yo, pero una sencilla misa se me antojaba demasiado poco, por mucho aprecio que yo le tuviese a D. Julio.

Al olvido de aquel Dios contribuyó de forma concluyente una crisis existencial de adolescente, aunque también el incuestionable hecho de que todo lo que afectaba al género femenino estuviese prohibido. No olvidaré nunca el guantazo que me dio un día una señora por ponerme en la fila de las chicas una tarde que íbamos a entrar a la iglesia, no sé si para el catecismo o tal vez cuando nos preparábamos para la confirmación. Yo quería ponerme al lado de Rosa Irene, de M^a Aurora Puerta Melguizo, de Juanita Fernández Puerta, de M^a Carmen López Carrasco o de alguna otra chica guapa, pero de veras que no tenía más intención que estar cerca de ellas.

Creo que fue aquella “pescueza” –como diría mi querido Agustín Espadas – la que puso en crisis mi fe. ¿Cómo podía ser malo sentarse al lado de aquellas angelicales y maravillosas criaturas?

Porque, aunque nadie se lo crea, era con motivo de aquellos y otros actos religiosos donde los chicos intentábamos coquetear con las chicas. De hecho, era en el salón parroquial, en el que con mucha generosidad el cura había habilitado un aula de juegos allá por 1978, donde, al igual que Esteban, que Manolo, que Manolín, que Michel, que Pablo y que otros, yo intentaba ligar con las chicas mayores que yo, aunque fuese sirviéndome de mis recursos sobre el tablero de ajedrez. Aquello me valió el sobrenombre de “jaque mate”, pero supe enseguida que, sin pelos en las

piernas como aquellos amigos que tenían un par de años más que yo, aquella habilidad sobre el tablero era mi única posibilidad para parecer mayor, poder integrarme en su grupo e ir a las fiestas que más tarde se harían en casa de nuestro amigo Paco Iglesias o de Juan Puerta, y de cumplir así mi sueño de bailar agarrado con una chica, aunque fuese a un kilómetro de distancia.

En otro orden de cosas, quiero recuperar el tema del deporte, porque siempre ha jugado un papel muy importante en mi vida. A propósito de ello no puedo olvidar mis inicios como jugador de balonmano y de recordar la extraordinaria labor que hizo en este terreno Manolo Morales, una excepcional persona al que lamentablemente nunca tuve como maestro. Pero sobre todo no quiero dejar ahora de rescatar algunas imágenes de mi etapa de futbolista. ¡Qué bien lo he pasado jugando al fútbol desde niño!

Nadie sabe cuántas veces, camino del campo de fútbol de La Cruz ,a la altura del Darrón, invocaba a todos los astros pidiéndoles un pase de mi amigo Pepe Quesada, de Miguel Ángel, de Antoñito Arroyo, de Evaristo, y más tarde de Gabriel, de Manolo Castilla, de Juanma Regalo, de Moni, de Paco Juanpedro (que más tarde fue nuestro entrenador) o de cualquier otro, para marcar el gol que había proyectado en mi cerebro innumerables veces y que, a pesar de mis limitaciones, a veces conseguía gracias, eso sí, a una velocidad meteórica.

He de confesar que hasta mi apodo futbolístico, que no sé si se lo debo al lamentablemente malogrado Pepe “Chola”, a Agustín Morillas o a algún otro, y que empezó siendo Antognoni para terminar definitivamente consolidándose como “Antoñalis”, no me desagrada en absoluto (no sé si

el mote se debió a algún extraño parecido con un antiguo jugador de la selección italiana o lo que es más probable y menos romántico por lo fácil que resultaba expresarlo onomatopéyicamente para no confundirme con algún tocayo).

Ya sé que era muy chupón, que no luchaba demasiado, que no iba de cabeza y muchas más cosas, pero ¡cuánto he disfrutado con cada gol que he marcado y qué agradecido le estoy a aquella afición de hombres buenos que tanto cariño me mostró!

A modo puramente testimonial y pidiendo excusas por los muchos nombres que omite, quién de nosotros no recuerda el grito de guerra de Juan “el Bobi” de “¡vamos mis blanquillos!”, las voces siempre cariñosas de José “el de Gloria”, del joven Jacinto “Candelas” o de mi primo José Manuel Morales, o el gesto afectuoso de Juan Puerta (“El Cosario”), de Lorenzo Urquizar, de mi vecino Juan “Canarra”, de José “el Chato”, de Antonio y de Pepe Tábiros, de Manuel Hoces, de Antonio “el cofieño” o de los ya malogrados Gumersindo, Pepe el del Banco o Juanillo “el Panadero”. Y qué decir del trabajo silencioso, pero efectivo, de Paco “el de Amparo”, de Vicente Terrón, de Antonio “Modesto”, de Armando Ríos y de tantos y tantos hombres buenos de este pueblo.

Permitidme que recuerde especialmente mi primer partido con el primer equipo del club deportivo Dúrcal allá por 1983. Yo era un niño de 15 años con un cuerpo de hombre. Jugábamos en Huéscar y terminé el partido con una rotura de las fibras del cuadriceps que se prolongó durante varios meses por mi tozudez de seguir jugando los domingos, pero todavía pervive en mis oídos el emocionante eco de las palabras de mis compañeros después de que sobre el minuto 70 marcara el único gol

que subió al marcador **(algunos de los que estáis aquí puede que recordéis aquel momento)**. Con la misma emoción tengo presente el día que, siendo aún juvenil, en unas fiestas de San Ramón le marqué un gol de vaselina al Recreativo de Granada.

Con menos devoción, también recuerdo aquel partido en el que jugábamos una eliminatoria de la entonces copa del Gobernador de juveniles con el Loja y que después de hacer una jugada magistral, sólo delante del portero estrellé el balón en el larguero. Creo que aquel gol hubiera supuesto empatar la eliminatoria y tener la posibilidad de que nuestro equipo, uno de los mejores de juveniles que creo ha habido en Dúrcal, jugase las semifinales en Los Cármenes. Aún resuenan en mis oídos las palabras de mi entrenador : “¿es verdad eso, Antonio?”, repitió un par de veces el mister, mientras se llevaba las manos a la cabeza en un gesto compungido y de asombro que todavía tengo grabado en mi memoria. Al finalizar el partido, como siempre hacía con aquella generosidad que le caracterizaba, me felicitó sin mencionar jamás aquella jugada, que no sé si todavía recordará. Sin embargo, nadie puede saber lo que sentí aquello y, de hecho, esa imagen acosó durante algún tiempo mi sueño con la misma ansiedad que un zorro acecha a un conejo. Entonces nos entrenaba el bueno de Ambrosio con el cariño, con la bondad y con el entusiasmo que un año antes lo había hecho otra bellísima persona: Pepe Padial Rodríguez (“El Durito”). Recuerdo una vez que, camino de Albolote para jugar allí un partido, todavía montados en un Citroen blanco que Pepe tenía, en un tono absolutamente asertivo me dijo: “¡Sal a ese campo y demuestra lo que eres capaz de hacer!” Ese día fallé un penalti y terminé expulsado por la única y merecida tarjeta roja que vi en mi etapa de futbolista, provocada por agredir a un contrario que

me estaba machacando a patadas, pero también probablemente por la rabia contenida que aquel fallo me había producido. Me cayeron tres o cuatro partidos y lo sentí fundamentalmente por aquel hombre que me había conferido con tanto cariño su confianza y al que yo fallé contundentemente.

No sé si ellos dos recordarán esos partidos, pero, en todo caso, desde aquí quiero darles las gracias por sus generosos y nobles gestos.

Sin duda alguna, Pepe y Ambrosio me forjaron como futbolista y me promocionaron, conjuntamente con Pepe el del Molino (seguramente el hombre que más ha hecho por el fútbol en este pueblo), a lo que era la Primera División de juveniles. Recuerdo el día de mi traspaso al entonces filial del Granada en la liga nacional de juveniles, el Sporting de Íllora, y el partido que se jugó como contraprestación en las Fiestas de San Ramón el día 26 de agosto de 1984, donde con un sentimiento ambiguo y contradictorio jugué con otros colores contra los que semanas antes habían sido mis compañeros y seguían siendo mis amigos. Fue mi gran ilusión y mi gran reto. Debo de confesar que no sé que hubiese dado por ser futbolista profesional, pero aquel año de 1985, vagando de suplente por muchos campos de España, comprendí claramente que mi sueño no se haría realidad. Los dos o tres años posteriores nuevamente en el Dúrcal fueron ya para lo que vulgarmente se llama “matar el gusanillo”, aunque recuerdo con gran entusiasmo el año que ganamos la Liga y ascendimos a Primera Regional en la temporada 1985-1986 (fue la primera vez que el Dúrcal ascendió a esa categoría desde que “Los Panzas” iniciaran su singladura en 1970 y desde que se fundara oficialmente el 11 de septiembre de 1971). Después de

una brevísima incursión en el Arenas de Armilla en la temporada 87-88, colgué las botas en la temporada siguiente como jugador del Club Deportivo Dúrcal. Tenía solamente 22 años, pero había perdido la ilusión por la práctica del fútbol y quería hacer otras cosas en la vida. En todo caso, recuerdo de modo muy entrañable aquella etapa de mi vida y desearía que este recordatorio sirviese para revitalizar a un Club Deportivo Dúrcal ahora en horas bajas.

Intensifiqué así mi tarea como corresponsal de prensa del Diario Granada 2000 en Dúrcal, donde había tomado el testigo de la mano de Manolo Megías y donde posteriormente lo cogió mi amigo Francisco Barajas.

Fue por aquel entonces, o tal vez un poco antes, cuando apareció en mi vida Ernesto Noguero López, que en mi época de opositor me dio apoyo y cariño, convirtiéndose en mi verdadero mentor.

(Creo sinceramente que Ernesto fue un hombre que amó y que luchó por Dúrcal profundamente y que este pueblo tiene una deuda histórica con su memoria que este Ayuntamiento debería de reconocer).

Pero decía que quería a mi pueblo, a nuestro pueblo; y debo de quererlo porque es de mal nacidos ser desagradecidos y en sus calles encontré aficiones, cariño, diversión, juego, alegría y muy buenos amigos como Antonio Zarco, Manolo Penela, Daniel Morales, Manolo Megías o Pepe Bombita, al que incluso soy capaz de perdonarle que me gane jugando al ajedrez a cambio de poder disfrutar de su excepcional

integridad personal. Puedo decir con orgullo que todos ellos son excepcionales personas.

Y lo quiero, en definitiva, porque aquí me retrotrae un sabor irreplicable de frescura y de hermosura.

Porque antes que nada estuvo el tronco firme que brota de la tierra a la que permanezco unido por un ancestral cordón umbilical que me proporcionó toda la savia que me vive y que ha pugnado con vehemencia contra un forzado desencuentro que las circunstancias profesionales y personales habían hecho presente. Porque ignorar el ayer es ignorar el mayor patrimonio histórico que uno posee y hasta negar la vida misma. Allí, en ese pasado que os estoy narrando, hunden sus más profundas raíces los sentimientos de quien ahora os habla.

Y, en definitiva, porque con el devenir del tiempo, de ese tiempo delatado que persigue apresurado a un futuro cada vez más cercano, quisiera mirar desde la copa de ese árbol el incierto acaecer de los acontecimientos.

Y ahora, después de esta intrascendente memoria que, en forma de palabras, se plasma en estas hojas, me pregunto por el capricho del destino, por el omnipotente, pero inconsciente, azar; y me lo pregunto agradecido, por la suerte de estar aquí, de poder mirar en el espejo retrovisor de la memoria y encontrar un tiempo de cariño, de añoranza y de felicidad.

Por eso, ahora, he querido pregonar y rememorar el tiempo lento de permanente primavera de aquellos maravillosos años.

Los bancos de la plaza seguirán escuchando las historias de amor que todos contamos a alguna muchacha una tarde de otoño. Las luces de este pueblo y todas las cosas inertes que involuntariamente conforman el tiempo seguirán recapitulando fascículos de la historia de Dúrcal, en cuyo escenario yo quisiera escribir, apuntar y vivir mi último capítulo.

Queridos amigos: He intentado plasmar aquí algunas pinceladas de mi vida en nuestro pueblo.

Creo que ser de un sitio es algo que afecta a la identidad de un ser humano, que te imprime un determinado carácter, una idiosincrasia y una visión particular de la vida, y que sobre todo te despierta una especial emoción en las pequeñas cosas. Es justamente lo que sientes cuando reconoces las calles y los lugares que transitaste de pequeño o revives viejos recuerdos cuando te cruzas con un antiguo compañero de colegio. Así creo que lo estoy poniendo de manifiesto aquí esta noche. Sin embargo, también pienso que ello no puede constituir algo exclusivo ni excluyente. En realidad, creo que ningún sitio es mejor ni peor que otro y que nadie tiene el derecho exclusivo a patrimonializar el territorio en un sentido patriótico por derechos históricos o familiares, o por el mero hecho de haber nacido en un suelo determinado. Sigo creyendo en el hombre, pero no en las fronteras políticas que crea, aunque, por supuesto, sigo amando a nuestro pueblo.

Pero decía lo anterior porque Dúrcal no ha sido agraciado solamente con un entorno paisajístico paradisiaco, sino que ha sido también un pueblo hospitalario, habitado por gente amable y tolerante. Además, tuvimos como embajadora a una persona de una excepcional

calidad humana, a una artista de fama y dimensión internacional que paseó con orgullo el nombre de nuestro pueblo por todo el mundo. Rocío Dúrcal nos dejó el pasado 25 de marzo después de haberse enfrentado con dignidad y con entereza a una cruel enfermedad, pero su música seguirá emocionándonos a todos y su nombre, y con ella el de nuestro pueblo, seguirán vivos en el recuerdo de todos los que la admiramos y allí donde suene una de sus bellas canciones. En el año 2002 Rocío Dúrcal me antecedió en esta tribuna como pregonera de nuestras fiestas populares y desde el honor que me otorga compartir con ella la misión de dirigirme a todos vosotros, quiero ahora que este recordatorio sirva para rendir un merecido homenaje a la que ha sido durante tantos años la imagen más sobresaliente de nuestro pueblo.

También hemos sido una comunidad que ha sido un pequeño referente cultural y comercial para los pueblos hermanos de nuestro entorno. Aquí se fundaron revistas culturales con cerca de 100 años de historia, se ha forjado una actividad comercial con identidad propia, se crearon infraestructuras docentes que formaron a las generaciones jóvenes, existen clubes deportivos con casi 40 años de vida, se pasó página a una desagradable crisis económica que acabó con una pujante empresa sin anclarse en resentimientos ni en odios ancestrales, etc.

Por todo eso, aunque esté abusando de la paciencia de mis conciudadanos, antes de terminar quiero recordar en este prelude de fiestas a todos los que nos visitan, a todos los que regresan a su pueblo en estas fechas y a todos los ausentes que nos recuerdan en la distancia. Y quiero hacerlo para que este sentimiento de amor por este pueblo sea también – como escribí una vez y pido perdón por citarme - una apuesta *“por una ciudad de todos, tolerante, sin exclusiones,*

abierta a la diversidad y capaz de aglutinar en lo cultural, en lo social y en lo político, tendencias, creencias, ideologías, etc., con un espíritu integrador y armónico”... “porque la generosidad y la facultad de compartir dignifican al ser humano”.³

Y deseo insistir en ello porque el bienestar del que disponemos hoy es fruto también del esfuerzo de las generaciones pasadas, de los muchos emigrantes que abandonaron con dolor nuestro suelo y que años más tarde regresaron para hacer más próspera esta tierra. Los que somos hijos de ese fenómeno social (y somos muchos en este pueblo) lo sabemos. Sigamos siendo orgullosos; miremos hacia delante con ilusión, continuemos jugando al Mocho y al Paulo como siempre lo hicieron nuestros antepasados, pero seamos también amables con nuestros visitantes, porque ello, incuestionablemente, nos hará ser mejores.

Pero para no aburriros más, aquí dejo ya este mensaje, que dedico con todo mi amor a la memoria de mi padre, con la nostalgia del niño que fui, soy y seré, y que reivindico ahora y siempre como un anhelo de supervivencia, deseándoos muy sinceramente unas felices fiestas populares y entonando con ilusión y particular emoción un efusivo

¡VIVA SAN RAMON!

¡Muchas gracias!

³ Iglesias Martín, A., *Autonomía municipal, descentralización política e integración europea de las Entidades locales*, Ariel, 2002, Barcelona, p. 218.